
Del Estado de Bienestar al Neoliberalismo globalizador

Aurelio Cuevas*

El problema

Lo que fue llamado Estado interventor, planificador o *Welfare State* surgió en una época de aguda crisis económica, social y política en el sistema capitalista, que inició con el “crac de 1929”, atravesó el decenio de los treinta y concluyó al término de la Segunda Guerra Mundial. Lo que ha sido bautizado como el Estado neoliberal, “facilitador” o “gerencial” ha sido producto también de otra larga crisis que atraviesa diversos ámbitos del Estado y la sociedad, proceso iniciado al término de los años sesenta, que se prolongó a lo largo de los setentas y ochentas hasta culminar en el lapso de 1989-1990 con la desintegración de la Unión Soviética y el derrumbe de los regímenes socialistas de Europa Oriental.

Pero la crisis que ha originado el Estado neoliberal, a diferencia de la experimentada en el periodo entre las dos guerras mundiales (que no incluyó a la entonces naciente Unión Soviética), se ha extendido prácticamente a todas las regiones industrializadas o semi-industrializadas del planeta, abarcando tanto los diversos campos de la vida colectiva como el espectro de las relaciones existentes entre los Estados nacionales (países centrales con países centrales y países de la periferia mundial).

Es necesario señalar que el escenario discursivo, político y económico donde se gestó el modelo keynesiano: el espacio deliberativo entre la academia y las clases altas en los países anglosajones, sirvió también en buena medida de catapulta a su antinomia: la escuela de Chicago, encabezada por

Milton Friedman. En efecto, así como en el eje Londres-Washington donde surgieron las iniciativas destinadas a remontar la crisis de 1929-1932 así como la depresión económica de la década subsiguiente, dicho binomio fungió asimismo como plataforma de lanzamiento –desde fines de los setentas– de las políticas antiliberales y anti-estadistas bautizadas como thatcherismo (en Inglaterra de 1979 a 1990) y reaganismo (en Estados Unidos de 1981 a 1988).¹

El techo socio-histórico del estado interventor

Ocurrió que hacia fines de los años sesentas la oleada de protestas de las clases medias emergentes (sobre todo en el ámbito del capitalismo desarrollado y en ciertas regiones subdesarrolladas con la acelerada industrialización) durante la segunda posguerra, si bien impugnaron el patrón de funcionamiento vertical, corporativo y centralizado del *Welfare State* prevaleciente, en gran medida respaldaban su tendencia a la redistribución de la riqueza.

Obviamente la presencia de dichos grupos (constituidos ante todo por jóvenes de las grandes ciudades, mujeres con formación profesional, nuevos asalariados en sectores no directamente productivos o de servicios) había hecho –en el lapso de dos décadas más compleja a la sociedad civil en una gran cantidad de países, pero ocurría que su inserción política se hallaba frenada por un entorno institucional prioritariamente orientado hacia la articulación de los

¹ Pero es necesario puntualizar que en lo que atañe a las zonas periféricas del sistema capitalista, el proyecto neoliberal tuvo un laboratorio de experimentación anticipado en un país sudamericano: Chile, donde a partir de un exitoso golpe de Estado de 1973 dirigido contra el régimen allendista, se aplicó durante una década y media una política económica basada en la ortodoxia liberal: privatización a ultranza de la vida económica, apertura sin restricciones al flujo de capital externo, crecimiento de la economía a costa de la baja o contención a los salarios y consumo de los sectores asalariados en general.

* Profesor de Sociología en el Centro Universitario UAEM Zumpango de la Universidad Autónoma del Estado de México.

intereses de grandes sectores organizados (las centrales sindicales, las corporaciones empresariales, los partidos de masas o socialdemócratas).

Así las cosas, y ante una serie de factores que acrecentaron de todo acelerado el gasto público norteamericano (la intervención militar en la larga y costosa campaña de Vietnam que empezó a mediados de los años sesentas, los apoyos a los proyectos de desarrollo en el 3er. Mundo para neutralizar la injerencia soviética en Asia y África – y desde luego en Latinoamérica-, la carrera espacial en los sesentas), las dificultades de prolongación del consenso político en las naciones del mundo capitalista y de reproducción del modelo económico basado en el intervencionismo estatal, coincidieron en gran medida inicios de los años setentas.

La crisis de los años setentas

A partir del año 1971 comienzan a sucederse una serie de factores que van a impactar de modo profundo el panorama económico del sistema capitalista internacional. El primero de ellos fue la decisión adoptada por el gobierno norteamericano, dirigido entonces por Richard Nixon, de llevar a cabo la primera devaluación del dólar frente a las monedas fuertes europeas y el yen japonés; tal medida implicó el fin de la ayuda estadounidense a la recuperación económica europea y japonés sostenida desde un cuarto de siglo atrás.

La depreciación del dólar libó a la capacidad de manejo de los respectivos gobiernos europeos y japonés la gestión de su crecimiento económico; pero ello representó, paradójicamente, también una oportunidad para los bancos e instituciones financieros norteamericanas que tenían dólares en abundancia de sacar significativas ganancias a través del otorgamiento de los llamados “créditos dulces” a varios países en desarrollo.

De lo anterior surgirá otro factor en el plano internacional: la “deuda externa” del Tercer Mundo, mismo que hará crisis a inicios de los ochenta, cuando se evidencia que la creciente sujeción financiera de tales países a la banca mundial provoca

un marcado abismo entre su crecimiento económico y su desarrollo social. Las llamadas políticas de “ajuste estructural” en este amplio grupo de naciones retraerán al extremo la presencia estatal en sus economías generando con el hombre, desempleo y migración masivos. Uno de los efectos más ilustrativos de esta “nueva realidad económica” es la crisis del estancamiento de América Latina, donde los años ochenta serán bautizados como la “década perdida”.

Un tercer factor que influyó en la crisis del patrón de acumulación capitalista mundial seguido en la posguerra fue la llamada “crisis energética” de 1973 y 1979; estos episodios conllevaron a un incremento sorpresivo de los precios del petróleo ofrecido en los países exportadores a los países industrializados, orillando a una drástica contracción y racionalización del consumo de dicho energético en todo el espectro de la economía de estos últimos.

Un cuarto factor que enrareció más el ambiente de respuestas políticas intervencionistas estatales a largo plazo en los países centrales fue el fenómeno conocido como “crisis fiscal del Estado”, consistente en un creciente desequilibrio de las finanzas estatales a causa del aumento de las demandas sociales hacia el estado interventor (incremento de la seguridad social, disminución de la edad de jubilación, incremento de las pensiones a familiares de trabajadores, etc.)² Un ejemplo de esto fue el verano caliente de 1969 en Italia, que provocó un aumento de la responsabilidad del Estado en la ampliación de los servicios de salud pública y de la seguridad social, así como una mayor capacidad de maniobra sindical frente al polo patronal.³

El quinto factor, si bien esta enumeración no

² Un autor ilustra así el panorama de ampliación de las presiones sociales en los años sesenta y setenta frente a la institucionalidad dominante en el mundo capitalista: “El blanco de las luchas del ejército excedente de trabajo mundial eran primordialmente el Estado y las políticas económicas y sociales estatales. Las luchas de los empleados con frecuencia eran también políticas; los conflictos salariales en el contexto de las “políticas de ingresos” y los programas de austeridad impuestos por el FMI sólo podían tener éxito en el nivel de la política nacional estatal. En todas partes, se utilizaban medios políticos con fines económicos y sociales, tanto fuera como dentro del lugar de trabajo... La política de masas y los sistemas modernos de partidos... se habían convertido en barreras a la acumulación capitalista. O’Connor, James. *El significado de una crisis. (Una introducción teórica)*, Madrid, Revolución, 1989, p. 52.

³ Véase, Statera, G. “Solidaridad y selectividad: nuevas fronteras del Welfare State”, en Millán, René (Comp.) *Solidaridad y producción informal recursos*, México, UNAM-IIS, 1994.

obedece a su importancia dentro del contexto general, atañe a la revolución tecnológica puesta en marcha desde inicios de la década por los países primermundistas; este hecho va a tener un impacto profundo en la correlación de fuerzas (en los terrenos económico y militar) con el mundo socialista (en particular con la Unión Soviética, la superpotencia dentro de este bloque de naciones), y con el mundo subdesarrollado (integrado en su mayoría por países surgidos de las antiguas colonias europeas).

El abismo que van a generar los nuevos métodos de gestión de empresas y la innovación tecnológica entre los países capitalistas centrales y resto del mundo tenderá a acrecentarse en los años subsiguientes, al influir directamente en renglones tales como el aumento de la productividad, la disminución de costos, la creación de “materiales inteligentes”, y –de modo significativo- en el ahorro de mano de obra. Asimismo, la difusión mundial de estos métodos y tecnologías va a propiciar el modelo post-fordista de división internacional del trabajo, cuyo rasgo distintivo es la distribución del proceso productivo de las transnacionales en diversas áreas del planeta con la directriz básico de maximizar sus ganancias.⁴

Los años ochenta y noventa: creciente interdependencia económica y democracias políticas funcionales

En realidad la cadena de sucesos a lo largo de este período puede decirse que se basó en cuatro eventos. El primero es la ofensiva del Primer Mundo de dar salida al problema del endeudamiento del Tercer Mundo a través de un acuerdo de la banca internacional con las élites políticas de los principales países deudores, que implican la privatización de las empresas públicas, la reducción del gasto social, el deterioro comercial, y el fin de toda orientación autónoma de desarrollo bajo el lema del impulsó a la

⁴ Las transnacionales que son pioneras en este desdoblamiento de sus fases productivas en la geografía mundial son las automotrices, las eléctricas, las de la información, las de la informática y las de materiales químicos.

“economía abierta”.⁵

El segundo evento fue la conclusión de la Guerra Fría ante la incapacidad de la URSS para impedir su bancarrota económica (debido a que en su seno habría perdurado un modelo de Estado benefactor máximo, o sea sin coexistencia con un sector privado) y política (ahogamiento extremo de las expresiones disidentes por parte de un régimen de partido único). El tercer evento es la creciente definición de bloques capitalistas regionales (Estados Unidos, Europa Occidental y Japón) orientados por un esquema de competencia basado en la innovación tecnológica y en una explotación desbocada –por no medir las repercusiones ecológicas- de las áreas del orbe con grandes reservas de recursos naturales. Y el último evento –colofón de los tres anteriores- es la marcada sujeción de las economías nacionales a la dinámica económica mundial.

Lo más significativo de estos eventos es que fueron impulsados a costa del debilitamiento del pacto bienestarista sostenido entre los Estados nación y los grupos subalternos emanados del desarrollo industrial. Los ritmos y modalidades de esta tendencia varían de continente y continente o de país a país.⁶ Sin embargo el hecho central es que la

⁵ James O'Connor dice: “la mayoría de los países del Tercer Mundo, si no todos, incluyendo los “países de reciente industrialización”, sufrieron un profundo trauma cuando la recesión mundial de los principios de la década de 1980 redujo los precios de las materias primas y los beneficios de la exportación, forzando a los gobiernos a interrumpir la importancia y a caer más profundamente en el endeudamiento externo. El ingreso real “per capita” en el Tercer Mundo cayó en conjunto alrededor de un 8% entre 1980 y 1984. Y, lo que es más importante para los trabajadores y campesinos, la producción destinada al mercado interior (incluida la agricultura de subsistencia) declinó y, en cambio, se incrementó la producción intensiva para los mercados exportadores. El Tercer Mundo padeció crecientes desequilibrios y distorsiones regionales, al mismo tiempo que era privado hasta de la apariencia de una economía nacionalmente determinada... O'Connor, James. *El significado de la crisis... Op. Cit.* p. 24.

⁶ Vivian Forrester hace notar que, a pesar de las notorias diferencias entre las determinaciones del ingreso salarial entre los trabajadores de los países de Europa Occidental y los de Estados Unidos, el resultado es similar o con las mismas orientaciones: crear empleos inseguros, mal remunerados en la mayoría de los casos, en un panorama global donde hay una creciente población joven cuyo horizonte de vida –a diferencia de las “clases trabajadoras” de periodos anteriores– es carecer de cualquier expectativa de la inserción en la sociedad de los integrados. Sobre estos último observa: “Integrarse a qué? ¿Al desempleo o la miseria? ¿A la marginación? ¿A la futilidad del tedio, al sentimiento de ser un inútil o un parásito? ¿Al futuro sin perspectivas? ¡Integrarse! ¿Pero a qué grupo marginado, qué grado pobreza, qué clase de penurias, qué señales de desprecio? ¿Integrarse a jerarquías que lo relegan a uno de entrada, lo condenan al nivel más humillante si darle jamás la oportunidad de demostrar sus aptitudes? Integrarse al orden que niega de oficio todo derecho al respeto? ¿A esta ley implícita que ordena que a los pobres se les asignen vidas de pobres, intereses de pobres (o sea, ningún interés) y trabajos de pobres (si hay trabajos para

globalización del proyecto neoliberal persigue una separación creciente entre la lógica productiva y la lógica democrática (de modo paradójico esta última tendía también a universalizarse pero privándola de sus aristas de más riesgo para la implantación plena de la “economía de mercado”).

Es en este contexto que empieza a despuntar el vigor económico de los llamados “tigres asiáticos” (Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong y Singapur) en un entorno internacional cada vez más marcado por la ley del más fuerte en los escenarios financiero, comercial y productivo, etc. Pero un hecho común a todos estos países (incluyendo también el caso de China en el curso de los noventas) es que hay una gran carencia de tradición sindical anticapitalista o favorable a la realización de reformas sociales, tal como se desarrolló en las naciones industrializadas en los siglos XVIII y XIX (Inglaterra, Bélgica, Francia, Alemania, Estados Unidos).

Una conclusión tentativa

La dirección central de las diversas modalidades de transición del estado de bienestar social al Estado neoliberal consiste en que el campo de la economía tiende a convertirse en un ámbito que no gira en torno al ser humano. Esa es la crítica central que las movilizaciones sociales han realizado ante la implantación de las “nuevas realidades económicas”, si bien el éxito de tal resistencia ha variado según cada escenario (países centrales, países ex socialistas y naciones subdesarrolladas).

En todo caso, así como el keynesianismo representó en un tiempo un tipo de “revolución pasiva” (aludiendo a un término gramsciano), la reconversión estatal impulsada por el neoliberalismo conlleva una contrarrevolución pasiva cuyos alcances dependerán del grado de consenso o disenso que logren en el terreno social.

Una gran dificultad para frenar el desmantelamiento del *Welfare State* ha sido la carencia de un lenguaje nuevo por parte de los

sindicatos, partidos y agencias estatales, en el cual se contemple la necesidad de fundar un nuevo pacto social que defienda, amplíe o revigore -con diferentes actores populares, comunitarios y ciudadanos- las políticas de redistribución económica.

En todo caso las oleadas del neoliberalismo procedentes desde hace tres décadas han causado impactos no sólo en la relación de lo político y lo económico, sino también en las relaciones entre Estado y sociedad civil, y entre los partidos y grupos (¿o clases?) sociales. Si en un tiempo el Estado ampliado e igualitario amenazó con devorar a toda la sociedad, ¿logrará el actual Estado trasplantar la lógica gerencial al conjunto de la sociedad?

asignar)?”. Forrester, Viviane. *El horror económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 66-67.